

Historias de vida

Militares y Policías: Las otras víctimas del conflicto



• **Revista Fuerzas Armadas**
Oficina de Comunicaciones Estratégicas



Su misión es
defendernos,
nuestro compromiso
no olvidarlos



En honor a los héroes
Abril, mes de las víctimas

Desde hace poco más de seis años se vienen recopilando una serie de declaraciones e información relacionada con la llamada Memoria Histórica. La intención del Gobierno, a través del Departamento para la Prosperidad Social, es reunir testimonios y material documental que sirvan para reparar, conforme con lo establecido en la ley colombiana, a las víctimas de la violencia insurgente en el país y, como dicen algunos, para no olvidar.

En esa labor de reconstrucción, las Fuerzas Militares, como testigos directos de la guerra irregular que enfrenta la nación hace tantas décadas y como víctimas inmediatas de esa confrontación, están especialmente llamadas a contar su historia para que el resultado final se ajuste más a la verdad y para que se dignifique su labor como Institución defensora de la libertad y la democracia en el país.

En comunión con este pensamiento, el Director del Centro de Memoria Histórica, Gonzalo Sánchez, destacó recientemente la labor de las Fuerzas Militares como pilar del orden público y reconoció a las víctimas que ha dejado la Institución dentro y fuera de los campos de batalla: "Debemos dignificarlos y apoyarlos en los procesos de duelo", señaló.

Según cifras del Programa de Acción Integral contra Minas Antipersonal (PAICMA), desde el año de 1990 hasta el 31 de marzo de 2014 se registraron 6.548 víctimas de la Fuerza Pública, entre fallecidos y discapacitados, por causa de las minas antipersonas. La cifra es escalofriante y se suma a las 6.954 muertes de miembros de la Fuerza Pública en cumplimiento de su deber, documentadas en los últimos diez años por el Centro de Investigación y Educación Popular (Cinep-Programa para la Paz).

En forma paralela, hay que agregar, además, a los cerca de 2.000 militares y policías que fueron secuestrados por los grupos al margen de la ley entre 1970 y 2010, según revela el informe *Una verdad secuestrada*, escrito por el investigador del Centro de Memoria Histórica, César Caballero. Igualmente, es necesario tener en cuenta a los 103 soldados y policías que

fueron privados de su libertad por parte de los grupos insurgentes y que en la actualidad están desaparecidos. De la misma forma, las familias de todos ellos son mártires subrepticios que necesitan del apoyo incondicional del Estado y de la comunidad nacional e internacional.

Con la intención de aportar unas pocas líneas a la construcción de la verdad, la Oficina de Comunicaciones Estratégicas de la Escuela Superior de Guerra (ESDEGUE) conversó con cuatro víctimas de la guerrilla: el Sargento Primero de la Armada, Agenor Enrique Viellard Hernández; el Capitán del Ejército Nacional, Jhovanny Andrés Franco; la viuda del Capitán del Ejército Nacional, Pedro Elías Solaque Chitiva y el Soldado Profesional, Juan José Florián. Ellos nos contaron sus historias desconocidas en las que se evidencia que las Fuerzas Militares y sus familias también han padecido en primera persona, el flagelo de la violencia subversiva en el país.

Volver a nacer: la historia de un militar secuestrado por las Farc

Al conocer al Sargento Primero de la Armada, Agenor Enrique Viellard Hernández, siempre sonriente y afable, cuesta creer

Sargento Primero de Infantería de Marina Agenor Enrique Viellard Hernández, Armada Nacional.



.....

“En esa labor de reconstrucción, las Fuerzas Militares, como testigos directos de la guerra irregular que enfrenta la nación hace tantas décadas y como víctimas inmediatas de esa confrontación, están especialmente llamadas a contar su historia para que el resultado final se ajuste más a la verdad y para que se dignifique su labor como Institución defensora de la libertad y la democracia en el país”.

.....

que pasó por la pesadilla de un secuestro. El 12 de diciembre de 1999, el bloque José María Córdoba de las Farc, liderado por alias Iván Márquez, atacó por sorpresa un puesto destacado de Infantería de Marina ubicado en Juradó (Chocó). Allí se encontraba el Sargento Viellard de servicio.

Desde la 1:00 a.m. hasta las 10:00 a.m. se prolongó el enfrentamiento que terminó con el secuestro de tres militares colombianos, entre ellos el Sargento Viellard que había recibido un disparo en el pectoral durante la toma guerrillera. “Me preguntaron si podía caminar y por miedo a que me mataran en el acto, dije que sí”, recuerda.

A partir de entonces comenzó su calvario. Con 23 años, esposa, un bebé recién nacido y una carrera militar en ascenso, el Sargento Viellard fue privado de su libertad y obligado a paralizar su vida, un cruel estancamiento que se prolongó por tres años y cinco meses.

Desde el lugar de la toma, los militares retenidos fueron llevados a las montañas del municipio de Dabeiba, (Antioquia), en donde se reunieron con el resto de secuestrados por el bloque. Los días pasaban lentamente, las condiciones de vida eran inhumanas y la moral se venía abajo en más de una ocasión. “Lo único que comíamos era un masacote de arroz y agua de café”, dice Viellard.

Nunca le curaron la herida del pecho, sanó milagrosamente a pesar de que solo le administraron una dosis de antibiótico. Sin embargo, padeció de una leishmaniasis que le desfiguró la cara. De esa horrible

experiencia cuenta que “los guerrilleros cortaban con un cuchillo caliente los trozos de carne podrida, pero como la infección seguía en la sangre, la enfermedad volvía a atacar una y otra vez”.

Pero para el Sargento Viellard lo más duro de su cautiverio no fue la leishmaniasis, sino la noticia que recibió por medio de una carta de su hermana en la que le contaba que su esposa lo había dejado por otro hombre. “Sentí que un tarugo con espinas me bajaba por la garganta”, recuerda, pero dice con caballerosidad: “simplemente esa mujer no era para mí”.

Otro de los momentos difíciles que atravesó fue cuando le negaron la tan anhelada libertad, concedida a varios soldados que le acompañaban en el secuestro. “Siempre pensé –dice– que mientras respirara tenía esperanzas de salir con vida de ese infierno, pero ese día sentí que no había una fecha cercana ni un futuro para los que quedábamos en el cambuche”. Entre los secuestrados que permanecieron con él hasta el final se encontraba el exministro de Defensa, entonces Asesor de Paz para la Gobernación de Antioquia, Gilberto Echeverri Mejía, quien llevaba en poder de las Farc cerca de un año.

Reconoce que ese día la desilusión y la incredulidad se apoderaron de él y de todos los que se quedaron. Sin embargo, en la noche le pidió perdón a Dios por su falta de fe y le rogó por una señal que le revelara si volvería a ser libre. “Al dormirme soñé con una voz que me decía: pronto saldrán de aquí, pero no todos”.

Y así fue. El 5 de mayo de 2003, el Ejército Nacional dio con el campamento en donde estaba el Sargento Viellard, gracias a las coordenadas facilitadas por una guerrillera que había huido hacía poco. “Siempre que algún bandido se volaba nos tocaba cambiar el campamento de lugar lo más rápido posible, pero en aquella ocasión, nuestros militares dieron con el sitio, ubicado en las montañas del río Murry, por los lados de Urao (Antioquia), antes de que nos trasladáramos”, cuenta Viellard con las imágenes tan vivas como si el rescate hubiera sido ayer.



Al ser sorprendido por los helicópteros del Ejército, el cabecilla del frente 34 de las Farc, alias “el Paisa”, dio la orden de meterlos a todos al cambuche. “La decisión del Paisa fue matar a los cautivos, así que dispararon a sangre fría a quienes nos encontrábamos allí. Yo logré meterme debajo de un catre, pero la bala que acabó con la vida de Gilberto Echeverri llegó hasta mi fémur izquierdo partiéndomelo en dos”, relata Agenor Viellard, quien confiesa que ese día sintió que la muerte lo abrazó, pero él logró zafarse de ella.

Solo tres sobrevivientes lograron subirse al helicóptero del Ejército Nacional para volver a la libertad: el Sargento Primero Pedro Guamizo, el Sargento Segundo Eriberto Aranguren y el Sargento Primero Agenor Viellard, quien no veía la hora de abrazar a su mamá y a su hijo, que para entonces ya tenía casi cuatro años.

La masacre de los guerrilleros dejó a muchas familias enlutadas. Contarles lo ocurrido fue muy duro para los que salieron con vida. Además de Gilberto Echeverri, en el cambuche murieron ocho militares asesinados con tiros de gracia. Entre ellos, los Tenientes Alejandro Ledesma Ortiz y Wargner Tapias Torres, el Sargento Héctor Lucuara Segura y los Cabos Francisco Negrete, Yersinio Navarrete, Mario Alberto Marín, José Gregorio Peña y Samuel Ernesto Cote.

Cuando regresó a la libertad, el Sargento Viellard decidió pelear por la custodia de su hijo y la consiguió. Pensaba comenzar de nuevo en Bogotá y traer a su mamá consigo. Sin embargo, ella, que nunca dejó de escribirle y de hablarle a través de las emisoras durante los tres años y medio de su cautiverio, murió un mes después de su liberación, justo el día en que arribó a la capital. “Creo que mi mamá hizo un pacto con Dios, cambió su vida por la mía”, asegura con lágrimas en los ojos.

.....
“Creo que mi mamá hizo un pacto con Dios, cambió su vida por la mía”

En la actualidad, el Sargento Viellard trabaja en la Escuela Superior de Guerra. Se volvió a casar con una amiga de toda la vida y tuvo dos hijos más. Aunque la tragedia del secuestro sucedió hace más de diez años, confiesa que aún tiene pesadillas. “Sueño que me vuelven a llevar”, dice con angustia.

Cabe señalar tras esta experiencia, que el Tribunal Superior de Antioquia condenó a los miembros del Secretariado de las Farc a 40 años de prisión por la masacre del 5

de mayo de 2003. Sin embargo, alias Iván Márquez, entonces líder del bloque José María Córdoba y responsable del secuestro de Viellard y de los otros miembros de las Fuerzas Militares, está libre en La Habana, Cuba.

Caminando por la vida

Un año después de haber pisado una mina antipersonas, el Capitán del Ejército Nacional



Capitán del Ejército Nacional
Jhovanny Andrés Franco

Jhovanny Andrés Franco ve la vida de otra forma. Entiende que en cualquier momento puede morir y por eso intenta disfrutar cada día al máximo.

Su historia como víctima de la guerra comenzó el 6 de agosto de 2012, cuando después de un movimiento nocturno entre

.....
"Según cifras del Programa de Acción Integral contra Minas Antipersonal (PAICMA), desde el año de 1990 hasta el 31 de marzo de 2014 se registraron 6.548 víctimas de la Fuerza Pública, entre fallecidos y discapacitados, por causa de las minas antipersonas".
.....

los municipios de Tibú y La Gabarra, en Norte de Santander, pisó una mina dejada por la guerrilla de las Farc. "El perro antiexplosivos había hecho una inspección previa en la zona para detectar minas caseras, –cuenta el Capitán Franco–. Yo lo noté inquieto y por eso decidí coger por otro lugar. Sin embargo, el camino elegido también tenía otro artefacto explosivo, con tan mala suerte que justo lo pisé".

En la explosión perdió parte de su pie izquierdo. "Pensé que iban a cortarlo completamente", recuerda. Los hechos sucedieron a las 7:00 de la mañana, pero por tratarse de una zona de difícil acceso, el helicóptero de rescate llegó hasta las 12:30 del medio día. Desde el lugar de los hechos fue trasladado a un hospital en Cúcuta en donde lo estabilizaron. Dos días después, lo trasladaron al Hospital Militar en Bogotá. Allí tuvieron que practicarle tres cirugías para salvarle el pie. "Me siento afortunado de no haber quedado amputado", dice con alivio.

A pesar de que la prótesis implantada en el pie le permitió volver a caminar, quedó con secuelas que le impiden hacer ejercicios de impacto. "Yo era aficionado al trote, pero después de pisar la mina no pude volver a correr". La difícil experiencia le ha hecho madurar y esforzarse aún más en su capacitación profesional. A sus 33 años, el Capitán Franco se prepara para enfrentar el futuro con éxito; por eso adelanta una especialización en docencia universitaria que le permitirá desempeñarse en otras áreas. "Me gustaría llegar, por lo menos, a Coronel y estudiar ingeniería industrial".

El apoyo por parte de su familia y de las Fuerzas Militares ha sido incondicional. La Oficina de Asistencia Social del Ejército, a través de su personal de psicólogos expertos en traumas por minas, se ha hecho cargo del caso. No obstante, la recuperación del Capitán Franco continúa. "Actualmente sigo realizando terapias físicas, ya que este proceso de rehabilitación es lento y debe tener mucha constancia".

La experiencia ha sido dura, pero Andrés Franco sigue caminando por la vida con los dos pies bien puestos sobre la tierra. Valora cada momento con su hija de 12 años, se complace en poder seguir ejerciendo su profesión militar y sonríe, pase lo que pase.

Las familias también son víctimas

El 28 de octubre de 1998 al Capitán del Ejército Nacional, Pedro Elías Solaque Chitiva le fue asignada la misión de desactivar

recordarlo con su uniforme impecable y su rostro alegre, como siempre. No obstante, cuando entregaron el cuerpo, su esposa Nubia González insistió en verlo por última vez. "Solo pude reconocer una parte de su nariz y una ceja, el resto de cara era extraña para mí por las marcas de las esquirlas y el maquillaje", recuerda.

El día de la muerte de su marido, Nubia, que entonces tenía 25 años, se convirtió en una víctima más de las Farc. Con dos hijas de 5 y 4 años tuvo que enfrentar una nueva vida para la que no estaba preparada.

Con los restos mortales de su marido se trasladó de Cúcuta a Bogotá para comenzar de nuevo. Gracias al dinero de la indemnización por el fallecimiento del Capitán Solaque, quien fue ascendido de forma póstuma a Mayor, compró un apartamento en Bogotá en donde se instaló con sus hijas. Sin embargo, su calidad de vida se vio mermada de forma considerable al contar solo con el 50 por ciento de la pensión de su esposo como ingreso mensual.

Sin tener conocimientos en temas empresariales o de inversión, Nubia fue víctima de estafadores quienes al verla sola y deprimida aprovecharon su condición de viuda para quitarle lo que le correspondía por la muerte de su esposo. "No solo hemos sido víctimas de la guerrilla, también hemos sido víctimas de la sociedad", dice con tristeza.

.....
"El aguerrido militar, que se había enrolado voluntariamente a los 18 años por amor a la patria y a la profesión, despertó convertido en un discapacitado físico que no encontraba un aliciente para seguir vivo ni una respuesta justa a lo que le había sucedido".

Nubia González, esposa del Capitán del Ejército Nacional, Pedro Elías Solaque Chitiva



un carro bomba dejado por la guerrilla de las Farc en Puente Angosto, un corregimiento ubicado en Norte de Santander. A pesar de sus intentos por evitar que los explosivos instalados al interior del vehículo fueran detonados, el carro bomba estalló.

Su cuerpo quedó muy afectado por el impacto del estallido. Perdió una de sus piernas y las esquirlas le destrozaron el rostro. Sin embargo, alcanzó a vivir diez agónicos minutos de camino al hospital más cercano. Después murió.

Las autoridades aconsejaron que ninguno de sus familiares lo viera pues era mejor

Para asegurar el sostenimiento de su familia, tocó muchas puertas en busca de trabajo y ayuda. "Siento que no ha habido un acompañamiento real durante todo este proceso", advierte Nubia, quien además considera que hace falta más apoyo a las víctimas de las Fuerzas Militares y a sus familias.

Aunque afirma que nunca se está preparado para afrontar la pérdida violenta de un ser querido, piensa que un apoyo real y constante contribuiría a hacer más fácil la condición de víctima. "Algunos piensan que con pagar el muerto ya se ha restituido todo el daño causado, pero el dolor que sentimos mis hijas y yo no tiene precio y no es algo que se pueda mitigar con el tiempo".

Para ella, lo más duro ha sido reorganizar su vida sin su esposo, haciendo el papel de papá y mamá. No obstante, ha conseguido salir adelante y criar a sus hijas con fortaleza. Gracias a la ayuda de algunos amigos, Nubia trabaja desde hace casi tres años en el Centro de Simulación y Análisis de Crisis (CESAC). Su hija mayor estudia economía en la Universidad del Tolima y la pequeña comenzó este año su carrera profesional.

A pesar de que han atravesado solas los años más duros de sus vidas, las tres mujeres del difunto Capitán Solaque han sobrevivido con dignidad a su condición de víctimas, convirtiéndose en un ejemplo de entereza y valentía para la Institución y para el país.

.....
"Testimonios como estos de las personas a quienes Juanjo ha ayudado le han dado a entender que su misión no era seguir en el monte combatiendo a los terroristas, sino salvar, con palabras y no con balas, a las personas que ya no querían vivir".
.....

Salvando vidas sin fusil

Su historia merece una crónica aparte, sin embargo, incluimos el caso del Soldado Profesional Juan José Florián en este reportaje porque creemos que él representa, mejor que nadie, la imagen de víctima militar en la guerra. A pesar de las duras condiciones que afronta desde el cruel "accidente" que cambió su vida, mira al futuro con ganas y transmite a los demás ese optimismo imposible de encontrar en una persona en su situación.

El 11 de julio de 2011, mientras se encontraba de permiso en su casa, una bomba colocada por el bloque oriental de las Farc en Granada, Meta y camuflada en una bolsa negra de basura explotó en sus manos cuando se acercó para reconocer lo que había en su interior. El artefacto fue dejado adrede por los terroristas para matar, de forma indiscriminada, a quien se acercara a la bolsa: civil o militar, niño o anciano, hombre o mujer, daba igual. Su hermano mayor, también militar y quien lo acompañaba en ese momento, sufrió igualmente los efectos de la explosión pero en él las secuelas no fueron tan graves como en Juan José.

Al volver del coma en el que estuvo sumido durante doce días, la vida del Soldado Profesional Florián era otra. Había perdido los dos brazos, la pierna derecha y la visión de su ojo derecho. El aguerrido militar, que se había enrolado voluntariamente a los 18 años por amor a la patria y a la profesión, despertó convertido en un discapacitado físico que no encontraba un aliciente para seguir vivo ni una respuesta justa a lo que le había sucedido. Después de aquel día estuvo encerrado un año sin querer ver a nadie ni saber de nadie y renegando a Dios por su mala suerte.

Han pasado casi tres años y Juan José aún no quiere recordar ni mencionar lo sucedido ese día; ahora prefiere hablar sobre cosas positivas y sobre el futuro prometededor que le espera. "Quiero ser luz, no oscuridad", dice con tranquilidad.



Soldado Profesional Juan José Florián

.....
 "Un Soldado discapacitado que asistió por obligación a una de mis conferencias me confesó que unas horas antes tenía planeado suicidarse, pero que gracias al mensaje positivo que intento transmitir en mis reuniones, había decidido vivir".

Cuando el duelo aún se encontraba latente, el 6 de abril de 2012, durante un paseo a Villavicencio, su novia de entonces lo animó a que se sumergiera en una piscina. "Tragué seis litros de agua, pero pude atravesarla nadando", recuerda mientras se ríe a carcajadas. Ese día fue muy importante para él, incluso tiene grabado un video con su hazaña que mostró orgulloso durante la entrevista. Se puede decir, sin lugar a dudas, que desde ese momento vio la luz porque entendió que amputación no es sinónimo de imposible. "El deporte me hizo aferrarme a la vida", asegura.

Desde entonces se dedicó en cuerpo y alma a demostrarse a sí mismo y a quienes lo rodeaban que él no era un cuerpo mutilado sino un ser humano capaz de alcanzar sus sueños. Por eso, empezó a entrenar todos los días para convertirse en el mejor nadador paralímpico de Colombia y el mundo. "Mi meta es superar al brasilero Daniel Diaz, record mundial en natación paralímpica".

Gracias a su tenacidad ha conseguido ganar tres medallas de oro, tres de plata y tres de bronce en torneos nacionales e internacionales. "Es muy emocionante escuchar el himno de mi amada Colombia mientras me cuelgan la medalla", dice mirando al cielo. Ahora está enfocando su energía en prepararse para los Juegos Paranales de 2015 y para una competición que se realizará próximamente en Alemania.

Pero Juan José es mucho más que un buen nadador, es, ante todo, una persona excepcional que transmite alegría y fortaleza a quienes se acercan a él. Asegura que lo mejor de su discapacidad no es viajar a otros países para representar a las Fuerzas Militares, sino animar a otras personas en su condición a seguir adelante. Por eso, aunque ya se le olvidó usar un fusil, sigue salvando las vidas de quienes escuchan las charlas que ofrece por todo el país. "Un Soldado discapacitado que asistió por obligación a una de mis conferencias me confesó que unas horas antes tenía planeado

suicidarse, pero que gracias al mensaje positivo que intento transmitir en mis reuniones, había decidido vivir”.

Testimonios como estos de las personas a quienes Juanjo ha ayudado le han dado a entender que su misión no era seguir en el monte combatiendo a los terroristas, sino salvar, con palabras y no con balas, a las personas que ya no querían vivir. “Por eso no me morí”, dice con la certeza de quien ha encontrado el camino correcto.

Este héroe de la patria, el cuarto de ocho hermanos, hijo, compañero, padre, es un ejemplo claro de superación. Actualmente, dedica parte de su tiempo a aprender

pintura artística, algo difícil de creer en sus condiciones. Sin embargo, para quienes lo conocen no es algo muy descabellado, pues Juanjo es capaz de afeitarse, tender la cama, lavar la loza y hasta conducir.

Sencillo, afable, valiente; hay muchos y muy buenos adjetivos para calificar a Juan José Florián, un hombre que afirma no necesitar un “full carro” ni ser un cantante famoso para ser feliz. Está agradecido con Dios por lo que tiene: una familia que lo ama, amigos incondicionales, una novia que admira la fortaleza de su alma y una hija de siete años que lo impulsa a ser mejor persona todos los días. 





¡RECUERDE!

REGISTRO ÚNICO DE VÍCTIMAS
Y DENUNCIAS DEL CONFLICTO ARMADO



"ESTAMOS
EN EL CORAZÓN DE LOS COLOMBIANOS
Y AHI NOS VAMOS A QUEDAR".